

# ANTOLOGÍA DE CÓRDOBA

---

## CANTO A CORDOBA

*De Narciso Díaz de Escobar.*

¡Córdoba, hermosa Córdoba, la mágica Sultana  
que duerme en blando lecho de rosas y azahares,  
ceñida con el velo de virgen mahometana  
más blanco que las blancas espumas de los mares!

Edén nacido al beso del sol del Mediodía,  
que te ofreció en sus rayos raudales de grandeza,  
la perla más hermosa que engarza Andalucía  
en el collar espléndido que adorna su belleza.

Te dieron sus aromas las matizadas flores,  
sus galas la pradera, la aurora sus cambiantes,  
el viento sus cadencias de besos y de amores  
y el cielo sus estrellas más puras y brillantes.

Córdoba, hermosa Córdoba, la de oriental Mezquita,  
la que selló con sangre sus páginas de gloria,  
de reyes mahometanos la dulce favorita  
que alienta con sus nombres y vive con su historia.

Recuerdo de otros días, que esmalta tus blasones,  
fundido a tu pasado y a tu grandeza unido,  
ostentas un tesoro de hermosas tradiciones  
que el tiempo no destruye, ni muere en el olvido.

Brillantes trovadores rendidos a tu encanto  
cifraron en tus glorias su rica fantasía,  
vibrando en tus altares las notas de su canto,  
bebiendo en tus leyendas raudales de poesía.

Gozaron en tu seno las hadas los placeres  
de eterno paraíso, henchido de ventura,

y en horas placenteras copiaron tus mujeres  
de las celestes hadas la mágica hermosura.

Sus ojos son destellos del sol en el estío,  
su esbelto talle copia el ondular incierto  
de la gentil palmera, cubierta de rocío,  
que llora a sus hermanas las hijas del desierto.

Las aves que retornan de la africana orilla  
exhalan en sus cantos la queja soberana  
del pueblo de valientes, vencido por Castilla,  
que envidia desterrado su joya musulmana.

¡Córdoba, hermosa Córdoba, no llores del Profeta  
la raza que fué cuna de tu oriental tesoro;  
no llores si tu encanto mi siglo no completa,  
ni ciñe tu recinto de jaspes y de oro!

En cambio deposita cariños a millares,  
que joyas son del alma que se esclaviza al verte,  
y el español te jura, al pie de sus altares,  
verter toda su sangre primero que perderte.

### A L P A S A R . . .

Pasé por Córdoba, madre antigua de floridísimos ingenios y de nobleza  
no menos acrisolada, cuyos piés besa humilde el soberbio Guadalquivir. Noté  
las crías generosas de sus riberas y praderías, cuya hermosa proporción y  
única velocidad esparció voz de que sólo reconocían por padre al Zéfiro.

(*Cristóbal Suárez de Figueroa, «El Pasajero»*).

Habla el aparecido Conde don Julián al lagarero que topó con él en la  
puerta del Convento de la Merced:

«¡Qué florida vide yo esta ciudad y qué de gente principal vivía en ella!  
¡Qué de fiestas, qué de toros, qué de ejercicios de armas, qué de conformidad  
de chicos y grandes! Y era tanta la grandeza de esta ciudad que, en dando la  
oración, se encendía lumbre desde el Potro hasta las puentes de Alcolea, y se  
comunicaba toda la gente y se iban paseando de una parte a otra».

(Del caso 27, *harto extraño*, del «Libro de cosas notables que han sucedido  
en la ciudad de Córdoba»).

## SONETO A CORDOBA

## LA CIUDAD

La ciudad nos ofrece su marcial señorío,  
y es como una gran dama que al espejo se asoma;  
si se yergue, es un águila; reclinada es paloma,  
la cabeza en la sierra y los pies en el río.

En la altura la frente. Y así fué en la pelea,  
y así fué en el idilio; y en su genio fecundo  
no vivió para ella, que vivió para el mundo.  
¡Cada muro un recuerdo, cada piedra una idea!

La ciudad es la Historia que reposa dormida,  
y es madre generosa que ha cruzado la vida,  
con las manos abiertas caudales derramando...

Ciudad santa del arte, del valor y la gloria,  
para rendir tributo a tu altiva memoria,  
¡quien te cante es preciso que te cante rezando!

EDUARDO BARO.

